

**Se publica el Capítulo V de la novela inédita OCUPADOS EN ENVEJECER, parte primera de la trilogía LOS AGUA DE MALVA, de Fernando Chaves.**

## CAPITULO V

La casa que Dimas Aroca acababa de construir en el extremo norte de la villa no era tan grande como la de El Cardón, pero aspiraba a serlo. Tenía un nombre ya. De Santo, como los españoles acostumbraban llamar a los sitios, a los poblados, a las casas grandes. Acaso su dueño la bautizara así para afianzar, con ese obedecimiento a una costumbre antañona, sus pretensiones de sangre hidalga.

—Aquí en Saransig, nos conocimos todos, decía León Burgos, el joven maestro de escuela, y el Dimas Aroca haría mejor no presumiendo de nobleza.

—Tienes razón, apoyaba el dueño de la tienda, el Turco, mientras dejaba caer, lentamente, las almendras, de su mano ahuecada al costal que las contenía. A menos que mis ojos se engañen, en su pinta, véle hijo, los labios, y tócale el pelo, y quién sabe si hasta podrás contar las gotitas de sangre negra en las venas del orgulloso Dimas.

—Don Dimas, Don Dimas, aunque sea más largo, quiso atajar, burlón, Roberto Soto. Ya tiene dinero y nadie le quitará el tratamiento que nadie le ha concedido si no es él mismo con el peso de sus patacones.

—Me pregunto de dónde le brotó la riqueza, dejó caer negligentemente el Turco, mientras jugaba, a dos manos, con las nueces, limpias como cráneos, que tomaba de un saco erguido junto al mostrador.

—Vino de Ambuquí un día, y ya traía dinero y nobleza. Acaso el mismo Chota le diera a la vez los rizos un poco cortos de la frente, la anchura de la nariz y la encendida gana de caerse del labio inferior. . . . comentó el Alfredo Barreto.

—Algún día alguien le dirá cuantas son cinco a ese zambo pretencioso, si sigue así ensimismado, terminó Eugenio Machado.

Allí en esa tienda del Turco, licores, caramelos, "ultra-marinos", —decía él mismo, al soltar, entre risas, esa muestra de sus lecturas demoradas de novelas españolas—, azúcar, arroz, se comentaba la vida entera de Saransig y se mordía en la blanda carne de la honra ajena.

Pero Aroca se había enriquecido. Tenía "plata" para hacer una buena casa y la hizo. A la salida del pueblo, sobre el camino a la capital de la provincia. Claro que tenía un segundo piso, y una escalera al medio del patio principal y varios jardines. Ya había plantado rosas y enredaderas. Tenía mucha tierra también detrás de la casa y a los lados. Tierra con agua abundante que venía de no lejos: de unas fuentes que las gentes del pueblo usaban como baño, allí a la vera oriental de Saransig, y además de otros "pogyos" que abrían sus pupilas cristalinas en los terrenos mismos de San Salvador, como se llamaba la Quinta de los Aroca.

Dimas aspiraba a hacer de esa casa, elevada con esfuerzo y con gozo, el albergue de una familia, de una casta que heredaría su riqueza, posición e influencia, y para lograr su ambición de formar una dinastía de puebleros codiciosos, sin escrúpulos, hombres de presa en fin, no repararía en obstáculos.

Dimas era grande y de ventajosa presencia. Las gotas venidas desde Africa a su sangre le habían dejado brillo en las pupilas, lustrosidad en los cabellos, ensortijados todavía estrechamente, y en las cejas negrísimas y colantes a la piel mate, pulposidad y lujuria insolente en los labios abundantes y algo cárdenos, dureza y blancura en los dientes, regulares, de fiera.

Bello tipo de mezcla desafiante, tenía también la alacre comunicatividad del moreno, temperada por la huidiza discreción del indio y la altiva maestría vital del blanco. Estaba en sus cuarenta y ya era rico, tronco de una familia numerosa que llegaría a ser influyente y poderosa en el futuro, porque así lo quería Dimas.



Para eso . . . Vestía con elegancia, un poco estruendosa y amaba la limpieza de su cuerpo y de sus vestidos. Su mujer, Doña Artemisa Arriola, secundaba bien los proyectos de Dimas. Bella, tipo fino y lánguido de mujer con mucha sangre española casi pura. En su familia todas las hembras eran de un blancor opalescente y un poco enfermizo, pero altas y bien formadas, casi plenas, como matronas hechas para dar hijos. Un poco lerdas de genio, pero hermosas, las Arriolas eran admirables mujeres silenciosas de las de pierna quebrada y en casa, arrancadas a una crónica vetusta, sin altibajos y con pasiones subterráneas, tal vez débiles o limitadas. Devotas, honestas y bonitas en su insignificancia de muñecas del lar, su misma falta de brillo y de atractivo sexual pungente las convertía en las compañeras ideales de hombres que quisieran exhibir la belleza de sus hembras, sin que ellas echaran a perder la ostentación por actitudes indiscretas o reveladoras de una personalidad propia y erecta.

Los Aroca tenían ya tres hijos. Un muchacho, grandullón y crespo, de ojos salientes como su padre, y dos hijas, un poco desgachadas ambas, un poco feuchas y bastante morenas. El varoncito era más blanco y eran las hembras las que necesitaban de la piel clara en esa tierra de indios y de cholos que es Saransig.

Las hijas eran morenas y eso hacía la desesperación de Dimas; de Doña Artemisa no porque ella, mansamente, se había resignado a la turbia coloración de la tez de sus dos hijas, miel quemada heredada de su padre. Al fin, las dos pobrecitas eran hijas de su seno y no era obstáculo para su amor completo la figura poco graciosa de las dos muchachillas: Juliana 12 y Dolores 10 años, y el color más que de trigueñas de sus mejillas redondas y sanas.

Tadeo era el preferido del padre por ser más blanco, de un blanco lechoso, pero algo manchado, heredado de su madre, de la que también recibiera un probable linfatismo. Los catorce años de su hijo mayor enorgullecían a Dimas Aroca y se veía en ellos con complacencia. Por medio de él tomaría la revancha de sus años mozos pasados en los caminos devorados por el sol, las arenas y las lluvias, siguiendo sin parar el rastro de los machos cargados de las riquezas que desde "tierra arriba" venían a regarse hasta "tierra abajo". De esos años que él enterrara, para los otros, en el olvido; pero que cada vez vivían para él mismo con una desgarrante actualidad, con un ardiente dibujo preciso que resistía al paso

de los días y a la beatitud de la vida cómoda en San Salvador de Saransig.

Largo era el camino de "tierra arriba", de allá, de Guayaquil, a Quito, por Bodegas. Y no era fácil el de Quito a Ibarra, por el páramo. En la estación seca, el ardor del sol picante como un tábano codicioso en los lomos de hombres y bestias, la sed devoradora en los arenales fríos de la meseta, el sople cálido, agobiador de la brisa en las vegas de los ríos y el viento glacial y penetrante en las quiebras húmedas de los contrafuertes andinos, en los cuales las fuentes que brotan en los flancos de las rocas rojizas cubiertas por el esplendor de la vegetación, abrigan todas al mosquito de las calenturas, de las fiebres traidoras que matan en dos días, con un ataque solo, la terrible, la fulminante "perniciosa", o se instalan para siempre en la sangre destruyendo los intestinos, el hígado, la piel del paciente y convirtiéndole en un saco de huesos temblorosos y en un harapo moral sin voluntad. En la estación lluviosa, el agua interminable del cielo bajo de los valles, en el ahogo de horno de la calidez del ambiente que humedece todo, lo pudre todo; las lluvias flagelantes de las estribaciones, el "papacara" incansable, torturador y agresivo de los páramos que convierte en barrizales las veredas pinas de la montaña y las oquedades por donde pasan los torrentes, crecidos como verdaderas trampas para los animales enloquecidos por el fragor de la tormenta.

Por nada del mundo hubiera revelado Dimas a su hijo el dolor de esa existencia y para evitar que él recomenzara esa vida que no era una, de tan miserable, de tan embrutecida, Dimas haría lo imposible. . . . El logró el dinero, mejor era no recordarlo como lo tuvo; si lo apiló peso tras peso, o si un golpe del azar y de la audacia: juego, robo o herencia, o los tres a la vez, se los entregaron ya juntos, en montones silenciosos y turbadores. El, Dimas, podía sorprenderse con una herencia que le caía de improviso, flaca voluntad de un pariente lejano en la lucha con la muerte, y que, abocado a ella, sin reflexión previa sobre la inversión de su hacienda ganada con duro esfuerzo, se la dejaba porque era su legado; pero no se sorprendía en lo mínimo ni vacilaba cuando las cosas valiosas estaban a su alcance y nadie le veía tomarlas y no había responsabilidad en cogerlas y ocultarlas. . . . Era capaz de todo, menos de inquietarse por el color moral de un acto suyo si éste le reportaba provecho.



Esa casa en Saransig que había comprado al contado, sin regatear el precio, y sus "patacones" de plata bien guardados en montones en el vientre de arcas de cuero antiguas, bien forradas, sus vajillas de plata de piña, pesadas y algo broncas que un día habría que hacer fundir, en confianza, para borrar las iniciales, sus "bronces", las joyas de su mujer: perlas y esmeraldas, unos brillantes; pero sobre todo éstos; en anillos, pendientes, orejeras, **hualleas**, broches y alfileres, con su brillo de ojos jóvenes en el fondo de las cajitas de peluche, les preservarían a sus hijos, a Tadeo particularmente, de los riesgos de la dura vida del arriero. Recordaba el Dimas:

—Jala, mula bruta! gargajeó el hombrón moreno, sacudiendo las anchas espaldas en el movimiento de vibrar el acial. Mientras gritaba, ya se había quitado, de un solo estirón de cada pié y pantorrilla, las alpargatas enlodadas. Para echarlas a un costado había levantado el pié hacia atrás hasta la altura de la mano en una flexión llena de gracia pujante, y ya descalzo, había puesto, en un santiamén, sobre un cerezo del borde del "camellón", el poncho azul de faja blanca, ancha y casi impoluta, el ligero **chiricatana** tejido en lino apretadísimo que hacía las veces de impermeable, el gran acial y su carril abombado de puro grávido: dinero y documentos, el sombrero con funda de tela embreada de un amarillo oleoso, con cuadritos azules estampados por un solo lado. Y después se lanzó a barro, chapoteando en dirección a la mula, sin importarle un comino el frío ni el posible riesgo; se acercó al animal, hundido en el barro removido y pegajoso del camellón, se afirmó con los dedos nudosos de los anchos pies en algún guijarro o en alguna mota del **chocoto** del fondo, todavía indemne a la mojadura invasora de la **runatamia** pertinaz que ya tenía diez días de comenzada y que seguía sin que menguara en nada su menudo ritmo inicial, de compás paciente y uniforme. Lluvia de grano fino, de hilillos acerados que se devanan sin interrupción de una invisible y millonaria hilera escondida, no se sabe donde, en esa atmósfera gris amarillenta casi palpable, y que se placen en lavar escrupulosamente la tierra, los troncos, las hojas y hasta las finas aristas de la paja de los páramos.

Bella lluvia obstinada, porfiada persiana ondulante, ininterrumpida, de laminillas heladas, resbalando sobre el paisaje aterido, con nebulosos primeros planos, con el horizonte sólo sospechado al fondo; humilde lluvia indígena, sin

rayos ni estruendos, como que sabe que en su continuidad metódica, dulcemente empecinada, está el secreto de su triunfo sobre la materia dura, sobre el hombre violento, sobre los animales silenciosos. Su triunfo: entristecer, agrisar, mojar, atravesar con sus sondas cristalinas hasta el fondo de los flancos del páramo, y correr por ellos, entre la paja, los musgos, las orquídeas, los matojos, los líquenes, las piedras estriadas de verde, hacia los vallecillos, para con otras muchas crear la torrencera de cabellos indómitos y arcillosos que se estruja entre las rocas, denudadas por la erosión, de los barrancos que descienden de la paramera, esas rocas que la humedad viste de llagas blanquiverdes o de un sepia manchado de oros mates. Lluvia del páramo que se tiende como un lienzo mientras el paisaje todo se aterciopela en los ojos mojados del caminante que recuerda, se agazapa en su alma y se entrega a la delicia de recordar porque el presente está como diluído y oculto en el tembloroso pentagrama de la lluvia imperecedera, música de fuga del monte.

Se afirmó el arriero en sus calcañares y pegó el hombro al fardo que se inclinaba del lado del abismo, habiéndose curvado antes, para dar el empujón salvador al extenderse como un resorte poderoso.

—Alza! mula del carajo!...

Excitado el animal por el grito del otro arriero sintonizado con el esfuerzo del primero, y animado por el resopido de fragua del pecho del Dimas Aroca colado a su flanco, por el latigazo descargado en su anca, y sintiendo su peso aligerado, inclinado de un lado, casi suspendido por el vigoroso ariete del arriero, hizo un esfuerzo y adelantó las manos para apoyarlas en un reborde, aún duro del camellón. Lo consiguió con una sola mano y descabaló sus flancos y quedó preso de nuevo, con los miembros distendidos como si estuviera esparrancado, en una postura que le restaba fuerza, pero que no se veía, porque casi todo el cuerpo hasta más arriba del pecho, estaba en poder del fango que crecía cada vez más, a medida de la lluvia.

Dimas contorneó la bestia por detrás, resbalando y hundiéndose en el légamo. Se enjugó el sudor, escupió con asco unas partículas de barro que le saltaron a los labios abiertos y se afincó de nuevo del otro lado del bruto. Empujó ahora con su hombro derecho después de lanzar un Mula p. . . ! estentóreo y ronco. El solípedo que sabía como venía la ayuda de su amo pues lo había visto bien en esta vez, aprovechó



el embate lateral de Aroca y llevó su otra mano a la ceja dura del camellón. En un potente esguince se sostuvo con ellas y sacudió las ancas; pero el peso era muy grande para sus extremidades que casi nadaban en el semilíquido pastoso, y volvió a quedarse quieto, con una inteligente resignación en los ojos mansos. Nueva salida del fango, nueva pausa, nueva colocación del hombre detrás del animal, con el pecho al lodo y las dos manos aferradas a los fardos. Nuevos juramentos, y esta vez el impulso del atlas arriero levantaba los dos fardos junto con el anca de la bestia, la cual apoyándose sobre sus dos manos, saltaba hacia adelante arrastrada por la dirección del empujón firmísimo del hombre y se escapaba de la viscosa cárcel de barro. Sobre la ceja del barrizal, resbaladiza y brillante, surcada a trechos por el pasaje de los animales, los hombres y los maderos del monte arrastrados por los leñadores y el beso casi eterno de la lluvia, quedó la mula, temblorosa del esfuerzo, amedrentada, los ojos y las orejas caídos. En el cuenco de detrás de las orejas se recogían las gotas de la lluvia para evaporarse luego en un vaho fragante a caballeriza.

El arriero salía dificultosamente del barranco, enlodado por completo, y, cansado, se fijaba en tierra firme, y, separando las piernas, escurría el agua y el lodo de los pantalones y los brazos. Como un demiurgo del páramo alejaba el barro de su carne y de sus ropas. Sus dedos acostumbrados hacían resbalar el lodo, y luego, las aguas de una acequia que corría sobre un costado del camino, entre las breñas y a la cual trepó ágilmente, se llevaron todas las huellas del fango. Ese baño de agua glacial en la acequia de Chiriyacu, que descendía de las lagunas de Mojanda arrastrando una linfa de cristal, le quitó la fatiga. Retorció sus ropas y se las puso de nuevo bajo la lluvia. Volvió al camino, enfiló las alpargatas y se puso el poncho, recobró el acial y pidió a su compañero la botella de **puro**. Un largo glu-glu le cosquilleó por la garganta abajo y una onda de calor poderoso y humano le recorrió todo el cuerpo.

—En las chozas de Chiriyacu me abrigo. Qué tiempo del c...! Juib... J...u...i...b... Vamos!

—Caballu!... Alza, bruto.

Un agudo silbido del otro arriero puso a todos los animales en movimiento, chapaleando en el barro, inclinados bajo el azote de mil colas gélidas de la lluvia, cuidadosos del sitio en que ponían los cascos, temerosos de resbalar y caer,

juntando los cascos casi por una inclinación interna de las patas que avanzan medrosamente, como tacteando el riesgo y sopesando la fijeza del suelo.

Lentamente, la recua retomó la ruta y el andamio de camino y se perdió humeante, silenciosa y resignada en un recodo verde profundo de la senda, tras la cortina plomiza y móvil de la lluvia paramera.

Así todo el día en los montes: sacando a los animales y a las cargas de los despeñaderos, enjaezándolos y unciendo las cargas, desuciando y descargando, protegiendo con mantas las cargas valiosas, a trueque de permanecer calados bajo la "runatamia" toda la noche, como todo el día. Y en el "tambo", un rincón húmedo, maloliente y duro. En el tambo nada más que la caricia caliente de la infusión de **sunfo** del páramo con raspadura y luego el paso, fresco y aterciopelado, por el paladar del "pinol" rico en azúcar y en la aspereza deliciosa de la harina de cebada. Más tarde el reposo, el sueño frontero de la vigilia y ésta, antesala del sueño, porque ambos se continúan, sin quebrarse y sin límite; pues el arriero no duerme del todo, atento a los menores ruidos del cobertizo en que se abriga, no sea que quieran los otros arrieros robarle unos bultos preciosos de los que custodia y transporta, a los del campo ilimitado, no sea que una mula se escape, un caballo tome el camino en busca de hierba tierna, asqueado de la paja y de la "alfombrilla" recia, coriácea, del recinto mal cercado en que se les puso a pasar la noche.

Vida dura! Qué extraño que un hombre inteligente pensara en la delicia que supone el contar como propias las telas caras que se transporta en fardos enormes e indefensos pues que sólo son de cáñamo las cubiertas; en la facilidad vital que se desprende del montón de pesos rumoroso de lujurias, al entrechocarse en los bolsillos! Qué raro que un hombre enérgico y ambicioso, con una mujer que le esperaba allá en el hogar tibio que él formaría en Ambuquí o en Saransig, se dejara ir por la fantástica senda imaginativa que conduce a una vida mejor, vida que podría ser vuelta realidad tocable, por la plata de ese hombre gordo y desconocido que se cruzó en la altura del Mojanda, vida que él mismo podía proporcionarse con todas las comodidades si ese hombre, que no tenía nombre, bajara como un muñeco, junto con su caballo, al fondo de la quebrada hirviente de agua espumosa de "Los Azares! Nada se sabría: el hombre gordo iría a espatarrarse como un grotesco maniquí relleno de



trapos sanguinolentos, inmediatamente blanqueados por la lluvia, en el lecho del barranco pleno de agua y de matorrales, y la vida sería otra. Habría el remordimiento, pero una vida dulce y reposada, después de años de lucha sin tregua, lucha que no pararía de inmediato para no dar lugar a sospechas, podría tal vez ser compensación suficiente para ese posible taladro molesto del recuerdo. Y quién sabe si se puede olvidar totalmente, y no son más que cuentos aquellos de la persistencia del grito acusador de la conciencia, si la víctima desaparecía y de ella no quedaban más que los pesos, vehículos seguros de la comodidad, de la independencia, de la vida ancha y del porvenir asegurado de los hijos.

La sangre negra se rebelaba en el fondo de las venas del mulato contra su dura condición de arriero en lucha contra la naturaleza, a cambio de unos pocos pesos que no daban la holganza, ni el placer, ni la seguridad del futuro. La sangre india le señalaba el camino de la renuncia y aguijoneaba los miedos de la autoridad y de la ley. Que era un pobre hombre, tal vez con familia, repetía la sangre blanca y que sus hijos y su mujer esperaban a ese viajero, como los suyos esperaban a Dimas, y que él, el ignorado pasajero, tenía igual derecho a gozar de la vida que el reclamado por Aroca. Tal vez ese hombre había trabajado muchos años antes de reunir ese dinero, y había expuesto su vida, corrido riesgos, soportado dolores y sudado en la tarea como Aroca, como su compañero, como tantos otros. El había ganado quizá honradamente su dinero: él no había empujado ningún pelele a un río crecido y furioso, sus patacones se juntaron uno a uno como el fruto metódico de su anhelo en el curso de los años.

Pero quién sabría que Aroca pensó en facilitar y facilitó el "desmanguillar" de la montura alazana del hombre gordo y rebuscó sus bolsillos antes de dejarlos caer en la verde-gris boca del despeñadero que los llamaba a los dos con monótona voz de agua acariciante y maternal: al hombre gordo medio desvanecido por la caída y al Aroca de hombros fuertes y de conciencia débil, nublada por la ambición. Cedió el arriero? Sólo él lo sabía y nunca lo diría. Los demás lo ignoraban y después de muchos años, cuando Dimas se instaló en Saransig ya nadie osaba preguntar por el origen de ese dinero con el cual ese rudo hombrón, casi hermoso, con gotas de sangre negra en las venas orgullosas, compró tierras, edificó casas, vistió de elegancias caras a su mansa

mujer y a sus hijos. Acaso era mejor no detenerse a buscar cómo saber de dónde procedían las riquezas de todos los ricos.

—Al heredar dineros, heredas cuando menos robos, decía Inocencio Valera, sastre de trienta años, quien también callaba su pasado, pero por distintos motivos.

—No exageres, Inocencio. . . . El que le hablaba era Justo Gayarre, el herrero. Conversaban en una esquina de Saransig mientras fumaban sus **papelillos** rellenos del negro tabaco de Intag.

—Hay gente que nunca te hablará de cómo ganó su dinero. Los que tienen tierras y las dejan a sus hijos simplifican la explicación. Pero esos que adquieren dinero sin que nadie sepa cómo, crean una dificultad para sus herederos.

—Una dificultad que no es tan grande como para impedir que todo el mundo quisiera heredar a padres o parientes con mucho dinero, así sea proveniente de crímenes. Con el dinero se tapan las bocas y llega un momento en que nadie pregunta en el pueblo de dónde han salido los patacones. Lo esencial es tenerlos, y gastarlos.

—Lo que no disminuye ni borra el crimen ni aumenta el gozo del heredero, amordazado por el temor de que se revele la secreta fuente de su riqueza. Yo estoy más contento en mi poco cómoda pobreza, que en su dignidad lleva su justificación, que lo que están aquellos que con una rumbosa riqueza y una gritona prodigalidad quisieran cubrir la ruindad de su manantial.

—Me parece que no estás sano, Inocencio. Qué alacrán te picó? Qué te importa a tí, si logras una riqueza por herencia, el crimen que cometió un antecesor, si al final tú no has hecho nada malo y puedes disfrutar con el alma tranquila de todo lo que proporciona el dinero.

—Al final el dinero da poco. . .

—Poco? Lo suficiente para que sintamos su falta. Aquí en Saransig, lo sabemos bien, hay pocos ricos. Tú te pasarás la vida con la aguja en la mano y ya viejo tendrás que soplar la plancha los domingos para que alguien te deje unos centavos. Y yo he de darle al fuelle y al "macho" hasta no poder más. Bien nos vendría el dinero al atardecer, cuando no hay fuerzas y el descanso como que madurara y se presentara a nuestros sentidos como una fruta de tentación que no hemos de probar.



—Sí, hombre, sí. Sería mejor descansar y que la vejez, nuestra vejez, estuviera segura de su cama, su loco y su chocolate de todas las tardes. Pero a mí me arde el dinero que nadie sabe de donde viene, pero que todos sospechan que no de buena fuente. Como el de ese Aroca, que no es saranseño y que echa prosa a todo el mundo. Su mujer es mansa, dulce y de aquí. Era guapa también, pero está marchitándose. La vida con ese grandote y cejijunto chagra orgulloso no debe ser de envidiar.

—Celos, entonces? Dilo antes y terminábamos. Te molesta que Dimas tenga, a más de su dinero, esa hembra bonita y buena. El dinero te escuece menos, pero te soflama el espíritu pensar que la Artemisa no es tu mujer.

—Si. Acaso.

De un gesto rápido, Inocencio rectificó la posición de las guías de su bigote rubio.

—El dinero me tiene sin cuidado, pero el desplante de ese arriero que ahora se cree hasta noble me subleva. Y para colmo de su jactanciosa preponderancia, emplea a su mujer como una joya; para ostentarla, para lucirla por todas partes, desvergonzadamente.

—Y qué podemos hacer, Inocencio? Contra la plata no se puede. Déjale, con su fatuidad lucir en paz su mujer, que es suya y que parece contenta sirviendo a la exposición de la riqueza de su marido.

—Aún si no le gustara, qué podría hacer ella? Nada. Si hasta dicen que la pega el tal Dimas. Gestas debiera llamarse. Y el Aroca se lo ha robado también, seguramente, a sus patrones, como el dinero.

—Qué sabes, tú? Justo sentía a su pesar la veneración del dinero que es fuerte en el hombre desposeído, casi incontestable en el campesino pobre. Para éste, el dinero que crea la comodidad, la pereza, la nobleza, la altanería, el capricho, y que ofrece los vestidos, las fiestas, los terrenos, los rebaños, las recuas, es un dios y el que lo posee una suerte de mago. En los cuentos maravillosos que cuentan las abuelas al borde del fogón, el talismán supremo es el dinero. Por él se lucha y se condena, se mata y se ama. Hay sólo el poder celestial y el demoníaco que le contrarrestan, pero tomando casi siempre su forma, convirtiéndose en él mismo: "Y el patojito" entró a una cueva profunda, profunda y oscura. **Andó** y **andó** largo tiempo en la oscuridad hasta que

vió unas luces de todos colores. Pero no eran del sol ni de la luna las luces. Ni de velas encendidas porque la cueva estaba dentro de la tierra y no se veía el sol, ni la luna, ni se veían las velas,. Tal vez no había nadie para que encendiera las velas y las velas no son tan claras y su luz es amarilla y no de otros colores. El patojito no sabía de donde venían las luces pero se iba acercando al puesto de donde las luces salían. Y entonces vió que esas lucecitas de todos colores eran de las piedras preciosas que estaban en montones por el suelo. El patojito nunca había visto las piedras preciosas, pero esta vez podía tocarles y fue tocándoles a muchas de las que estaban **a la manito**. Coloradas, azules, moradas y bien blancas, había de todo color. Y de la lámpara chiquita y sucia que tenía el patojito en las manos y que de golpe se había encendido sin que el patojito se diera cuenta. Entonces el patojito vió que también había bastantes redondos de oro y pensó que esos debían ser los que se llaman onzas de oro y que son bien lindas y bien brillantes, si han visto ustedes las esterlinas y esas nuestras, esas monedas de oro amarillentas, pesadas, raras. Pero onzas había hartas, les digo que hartísimas, que no se podía contar. Y el patojito pensaba qué podía hacer con tantas. Qué podía el pobre hacer con tanta plata? Pero, con la plata como se puede hacer todo, pensó que era mejor que sacara las onzas y las piedras de allí y que después vería lo que tenía que hacer. Miraba el patojito y veía las onzas apiladas como montones de maíz, y había también pesos de plata pero de estos no se preocupaba el patojito, para qué? Y como había tantas piedras preciosas de todos colores y unas grandes y otras chiquitas y tantas joyas, como esos collares de las indias, pero de piedras finas, claro, el pobre patojito no atinaba qué coger. Era un patojito pobre, cómo hubiera sabido qué hacer? Entonces cerró los ojos y se llenó los bolsillos de diamantes y perlas y rubíes y esmeraldas y zafiros. Y claro bastantes onzas porque quería tener mucha plata y hacerse rico para poder hacer todo lo que quería y desquitarse de los que le habían tanto hecho sufrir. Y se llenó bien, pero hasta reventar, todos los bolsillos del saca, del calzón y del chaleco y aún hubiera querido poner más, pero ya estaban llenitos, pero él ponía alguna cosa más porque quería hacer después muchas cosas. Y el patojito recogió todo el dinero que pudo para salir de la cueva y poder hacer una vez afuera muchas, pero muchísimas cosas”.



—Yo sabré un día de dónde le viene el dinero a ese zambo pretensioso, terminó el Inocencio Valera. Escupió por el colmillo, se alisó el bigote, se descubrió, dejando ver una hermosa frente blanca que disimulaba el sombrero y que no hacía presentir el tono moreno, requemado de sus mejillas. Valera había andado por la costa, cuando más joven.

Aventurillas, enganches en las tropas de Flores que él mismo no quería confesar porque tenían relación con unos amores infelices.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL





**HELADA**

Diógenes Paredes



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL





**PARAMO**

Diógenes Paredes







OLFO

Diógenes Paredes



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL





**MURAL DE LOS TRABAJADORES**

Diógenes Paredes



**ÁREA HISTÓRICA**  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL





**LA LIBERTAD**

Diógenes Paredes